La Leyenda del Norte

Martin Pasiecznik

Capítulo 1

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

El norte

—El norte, una tierra cubierta por la nieve con montañas tan altas que llegan hasta los cielos y antiguas fortalezas que guardan la última frontera conocida por el hombre. Más allá de estas solo se encuentran interminables bosques y un invierno aún más crudo.

—¿Y más lejos de los bosques? — El niño pregunto con ojos expectantes mientras se acurrucaba en su cama intentando resguardarse del frío que emanaban las paredes de piedra.

—Si ya sabes la historia de memoria... — Su madre leía un viejo libro con pocas pero gruesas paginas manchadas de marrón.

—Pero a mí me gusta como la cuentas, en especial la parte en la que.... Aahgg. — Antes de que pudiese terminar un terrible dolor de cabeza lo golpea. No lo sorprende, no es la primera vez que le ocurre, desde que tiene memoria vivió con constantes ataques. Sin importar los doctores que lo vieran ellos no podían encontrar la causa o cura.

Con el tiempo se volvió costumbre y a nadie de la familia le importo lo que le sucediese, a excepción de su madre y hermana. Simplemente se transformó en otro niño enfermo sin posibilidad de heredar la posición de cabeza de la familia o contribuir en algo.

Él no fue el único que sufrió. La reputación de su madre cayó de forma irrecuperable al dar a luz a otro descendiente enfermo, su hermana, quien con el pasar de los años se debilitaba cada vez más y ahora con ocho años le costaba mantenerse de pie. Los rumores se extendieron y ahora la llamaban la "mujer maldita".

—Tranquilo Ezer... tranquilo... cierra los ojos y no pienses en el dolor. — Ella acariciaba su cabeza mientras susurraba un cantico de un poema cuyo

autor fue olvidado con los años.

—Madre... Duele, duele mucho. — No era solo el dolor, también el tormento de vivir con ataques toda su vida y no saber en qué momento puede ocurrir.

—Cuéntame que ves.

—No lo sé, siempre está borroso... castillos tan altos que parecen llegar hasta las nubes... docenas, docenas uno al lado del otro... Personas, cientos de ellas... — De vez en cuando extrañas visiones vienen acompañadas de los dolores de cabeza.

—Lo que ves tal vez sea un designio de los dioses, o tal vez una de tus vidas pasadas. — Su madre susurraba lentamente intentando que concilie el sueño.

—¿Vidas pasadas?

—Si, sabes, tu madre se encontró una vez con un hombre que se hacía llamar monje. Venía de muy lejos a encontrar inspiración y él me conto de su religión, una muy extraña, en la cual las personas que morían eran rencarnadas en animales o plantas, y si hicieron el bien en su pasado, tal vez podrían rencarnar en una persona de nuevo.

—¿Rencarnar? ¡Sus almas no eran encomendadas a Madre Niva? — Ezer comenzaba a entusiasmarse más con la historia haciendo que su madre sonría forzadamente quien intentaba lograr lo contrario.

—Existen reinos con creencias completamente diferentes a las nuestras, reinos muy lejanos en el sur... Pero esa es una historia para otro día, ahora deberías dormir ya que paso tu dolor.

—Está bien. — Un poco reluctante Ezer cierra los ojos mientras su madre apaga las velas y se marchaba del cuarto.

"Sus dolores son cada vez más frecuentes y mi hija Elira cada vez más débil... Empiezo a preguntarme si no seré yo la culpable, quizá si esté maldita..." Pequeñas arrugas en su rostro comenzaban a marcarse debido al constante estrés. Ahora su bello rostro reconocido por todos comenzaba a decaer y Laira, la concubina del Lord, se amargaba en sus pensamientos mientras avanzaba por los pasillos oscuros iluminado únicamente por la lampara que portaba.

Fuera del castillo los vientos y la nieve disminuían la temperatura muy por debajo del punto en el cual las aguas se congelaban. Los dos soldados que

resguardaban la puerta principal se agachaban intentando absorber algo del calor que una fogata les brindaba, rodeada de piedras para evitar que los fuertes vientos las extingan.

—Mierda, estos vientos de las montañas del norte son cada vez más fríos.

—No, el invierno siempre es igual de crudo. Lo fue cada año durante los 43 que viví y lo seguirán siendo.

Hace horas que escuchaban el constante y gélido sonido de los vientos en sus orejas, pero algo diferente llamo la atención de uno de ellos.

—¿…Escuchaste eso? Es un carruaje.

—¿¡Que!? ¿¡Quien esta tan loco como para salir en la noche y con esta ventisca!?

—Por los cuatro caballeros que los escoltan y sus banderas... me imagino quien puede ser.

—Oh... si... ese hombre me da escalofríos...

—Apresúrate a informarle al señor.

—Si, estoy en ello.

Se abrieron las puertas del salón principal, que antaño albergaba grandes festejos por victorias en la guerra o casamientos entre familias. Su tamaño era enorme, no solo el salón, el castillo en si es más grande que los vistos en la capital, solo el palacio real podía rivalizar con este, que fue pensado para ser una fortaleza inexpugnable contra las bestias que habitan más allá de la frontera del hombre. Pero ahora no son más que una pila de rocas negras con agujeros entre sus paredes debido a décadas de guerras sin un mantenimiento posterior.

Los candelabros principales fueron encendidos y todavía se podían ver algunas sirvientas con ojos soñolientos encendiendo velas en las esquinas. Cuatro caballeros, dos de cada lado de una persona avanzaban hacia un trono al final del salón. El hombre que era escoltado tenía una gran altura de unos 1.90 metros, pero una complexión física algo escuálida, su piel y ojos hundidos en manchas oscuras solo servían para crear un aura extraña, y para algunos, aterradora alrededor de él.

—Saludos mi viejo amigo. Creo que fueron... ¿meses o un año? desde que nos vimos frente a frente por última vez. — El hombre saludo sin una

pizca de respeto a quien estaba en el trono, tampoco debía mostrarlo ya que él Boron Rolennar Vizconde tenía una posición de más autoridad.

—11 meses para ser exactos, viejo amigo. — Esas palabras salieron de su boca como si a la vez tragara ceniza, en especial al decir la última frase.

—Es una pena que no hayas podido recibirme personalmente a tus puertas. — Si eres visitado por alguien de mayor autoridad, es una muestra de respeto el recibirlos personalmente sin importar si llueva o nieve. Pero estar en su trono era lo único que podía hacer el señor de estas tierras, Leiner Inmerlan, quien hace 3 años al defender el pueblo del valle, a unos kilómetros del castillo, resulto herido en su espalda por un enorme oso. Anunciaron a todos de la valentía de su señor, pero la verdad era otra y el pueblo la rumoraba.

—Es verdad, una pena que mis piernas no funcionen como antaño, pero siento como cada día recupero mis fuerzas. — Leiner frunció el ceño, tocar este tema era un gran tabú y el deshonor siempre lo acompañaba.

—Estoy seguro que sí. Bien, me encantaría sentarme y disfrutar del enorme y lleno de cotosos alimentos por parte de tu familia... pero hoy, no viene a eso. — las sonrisas falsas se terminaron y un ambiente solemne ocupo su lugar.

—¿No hay otra manera? — Unos segundos pasaron hasta que Leiner volvió a hablar.

—No la hay... quiero a tu hijo Ezer.

Capítulo 2

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

La habitación de Ezer estaba completamente obscura, solo el sonido de su respiración era perceptible en las tinieblas. La puerta se abre suavemente y una sombra la atraviesa, avanza con pasos apresurados con una daga en su cintura, duda unos segundos y se coloca al lado de su cama. Sus manos se acercan rápidamente a él sin que lo note.

—¡Ezer, despierta! — Su madre Laira sacude su cuerpo.

—¿Eh? ¿Madre, que sucede? — Ezer puede notar la desesperación en la voz y movimientos de su madre.

—No hay tiempo, ponte tus ropas y prepárate para salir. Nos vamos del castillo" Laira enciende unas velas y busca en la habitación apresuradamente.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? ¿Madre? ¿¡Madre!? — Ezer comenzaba a asustarse, jamás había visto a su madre así.

—Ese maldito Vizconde volvió. Tu padre no hico nada para detenerlo... No, yo también tengo la culpa.

El cuerpo de Ezer se congelo al escucharlo, recordar a ese hombre hizo que sus piernas comenzaran a temblar, su rostro empezó a perder color y creyó que unos oscuros ojos lo miraban por la espalda. Pero en ese momento unas cálidas y gentiles manos acariciaron sus mejillas.

—Hijo, no voy a dejar que te pase nada. — Ella lo dijo mirando directamente a sus ojos, fueron unas palabras para tranquilizar tanto a su hijo como a sí misma. —Se nos acaba el tiempo, tengo algunas personas que siguen siendo leales a mí, pero va a ser difi...

Antes de que pudiera terminar la frase la puerta de la habitación se abre.

Un hombre con cabello plateado y un bastón que soportaba casi todo su peso corporal se detiene y observa primero a Laira y luego a su hijo para

volver a detenerse en ella.

—Crees que soy tan estúpido como para no saber las accionas obvias de una madre por su hijo. — El hombre es Leiner, el señor del castillo. Su rostro mostraba cansancio y parecía haber envejecido varios años más de los que en verdad tenía.

—¡También es tu hijo! — Gritó con furia Laira quien intentaba contenerse, pero fue en vano, sus emociones comenzaban a retorcerse y la desesperación predominó.

—¡Y porque es mi hijo! ¡Porque es mi hijo debe sacrificarse y salvarnos a todos! — Leiner también comenzó a elevar su voz, si su salud lo permitiese en estos momentos estaría pateando lo que encontrase en su camino.

—¡Niégate! ¡Has algo! ¿¡Que sucedió con los Inmerlan, la familia de los cabellos plateados y el ultimo linaje que todavía preserva sangre élfica!? — Los antiguos elfos tenían cabellos plateados y los Inmerlan quienes tienen sangre humana y élfica también poseen esta característica, Leiner y Ezer, así como su medio hermano mayor tienen sus cabellos blancos plateado como la misma nieve que cae de los cielos.

—¡Está al borde de desaparecer! ¡Y ese niño puede salvarla! — Su mirada se desvió a Ezer. "Escúchame hijo, tu familia puede extinguirse. Eso incluye a tu madre y hermana, pero si te vas con el Vizconde y cumples sus órdenes puedes salvarla"

Ezer estaba inmóvil, observo a su madre quien empezó a lagrimear reconociendo la realidad e impotencia, y luego a su padre.

—Y-yo lo haré... Si es por mi madre y hermana... estoy dispuesto a hacerlo. — Intentaba convencerse a sí mismo y enfrentar la realidad, pero no pudo evitar que unas lágrimas se formasen en sus ojos.

—Bien, ese es mi hijo. — No le molesto que ni siquiera no lo nombrase o tenga la intención de hacerlo por él también. —Te estaré esperando en el salón, no tardes. — Salió de la habitación dejando atrás nada más que silencio.

—Ezer... hijo...

—Madre... quiero hacerlo, por tu bien y el de Elira...— Intentaba reprimir con todas sus fuerzas el llanto. Su madre al notar su determinación lo abrasa y susurra al oído.

—Por 13 años fuiste mi hijo... y lo serás para siempre. Recuerda, sin importar la obscuridad que te encuentres avanza y atraviésala, no

busques la luz... sé la luz. Guíate a ti mismo y a quien te acompañe. Recuerda que tu nombre significa luz, Eze´r en el antiguo lenguaje de los elfos. —

—Madre... — Ezer quería decir cientos de cosas a su madre, pero las expreso abrasándola aún más fuerte.

—Toma, es un regalo de mi parte y tu hermana. Úsalo solo en emergencias y cuando lo hagas, tienes que tener la determinación de hacerlo y aceptar sus consecuencias. — Su madre le entrega una daga cuya hoja es negra pura y en cuya empuñadura están grabadas las iniciales de Laira y Elira. —El mundo es cruel, y habrá momentos en el que tú también deberás serlo, pero nunca aceptes la crueldad, nunca seas la oscuridad, porque eres luz. —

—Si madre, nunca olvidaré tus palabras. — Acepta la daga limpiándose las lágrimas.

—Despídete de tu hermana.

—No, no quiero que me vea así y tampoco quiero molestar su descanso, el frio nunca le sienta bien. Dile que no me verá partir... pero si regresar.

—Bien, yo también esperaré ese día. — ella fuerza una sonrisa y acaricia el cabello de su hijo.

Frente a las puertas cerradas del gran salón se encuentran con Leiner quien los esperaba a un a un lado de esta, soportando su peso con el bastón con una clara expresión de dolor e incomodidad.

—Quiero hablar con él un momento.

—Con tu hijo… — Laira responde con una voz filosa y ojos que reflejaban rencor.

—Ahh… — Un suave suspiro escapa de los labios de Leiner. —Si, con mi hijo. — Inclina la cabeza, y cuando la vuelve a levantar, pareciera que todo su cansancio se hubiera esfumado avanzando con paso firme sin que se escuche el golpeteo del bastón por el suelo.

—Hijo. — Leiner coloca firmemente su mano sobre el hombro de Ezer. — Los Inmerlan están orgullosos de tu compromiso, recuerda representarnos con el mismo nivel de vanidad y honor. —Ezer agacha la cabeza decepcionado, él quería un cumplido directo de su padre, al menos una vez en su vida. —Recuerda, habrá docenas de personas que querrán herirte y lo expresarán abiertamente. Otras, en cambio, serán amigables

esperando el momento adecuado para clavarte un puñal por la espalda, ten especial cuidado con esas víboras. — Pareciera escupir las últimas palabras mientras se perdía en sus memorias por un segundo.

—S-si… padre…

—¡Responde con confianza! Ellos no te harán nada… al menos al principio. Intercambiaremos cartas constantemente ¿Recuerdas el código de la familia?

—Si, de memoria.

Todo miembro de sangre directa Inmerlan aprendía de pequeño una técnica de criptografía única de la familia la cual tenía una docena de combinaciones posibles que cambiaban con unos símbolos clave. Se podría decir que era un lenguaje propio que hasta los más inteligentes les tomaba un año de intenso aprendizaje.

—Van a usarte para algún fin. No te creas la excusa de que te llevan para ser tus tutores y profundizar las relaciones entre las familias.

En algún momento, durante la conversación, Leiner vuelve a apoyarse sobre su bastón exhausto de pretender tener más fuerzas y mostrar un frente fuerte a su hijo.

—Esta también es una oportunidad para nosotros. Aprende de ellos cuanto puedas, cualquier cosa sirve, rumores o incluso que comidas prefieren. No omitas nada, yo juzgaré que datos son importante y cuáles no.

—No voy a decepcionarte padre.

Ezer pronuncia esas palabras también para sí mismo, esta era su oportunidad de serle útil a la familia y no solo encerrarse en la biblioteca a leer antiguos libros recubiertos de polvo.

—No lo harás, tienes mi sangre, ya eres fuerte solo por eso. —Con arrogantes palabras Leiner empuja ligeramente a Ezer hacia las puertas del salón. —Ahora ve, adelántate y muestrales que puedes caminar erguido sin necesidad de tener alguien delante.

Ezer asiente y, luego de mirar inconscientemente a su madre en busca de seguridad, respira profundamente para abrir las puertas cruzar el umbral.

—¿Cómo llegamos a esto...? ¿Dónde nos equivocamos tanto para no tener fuerzas siquiera para defender a nuestro hijo? —Laira se acerca a su esposo tomándolo del brazo y lo ayuda a distribuir su peso.

—Empezó hace muchos años, pero fue esto. —Leiner agarra fuertemente y con rabia unas de sus piernas — Lo que termino de condenarnos. No fui o soy capaz de sobreponerme a esto.

—Vamos, sigámoslo. Solo orgullo puede mostrarse en nuestros rostros.

Laira y Leiner caminan juntos en perfecta armonía cruzando el umbral al igual que su hijo, era imperceptible que uno se apoyaba en el otro, solo se podía ver al señor y la señora del castillo caminando con perfecta dignidad.

Capítulo 3

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

Los pocos caballeros de la familia estaban alineados en dos filas, con espadas al pecho sujetas por ambas manos, creando un pasillo en el salón por el cual Ezer y sus padres avanzaban. El ambiente era tan pesado que casi era palpable. Su hermano mayor estaba en una esquina inmóvil, viéndolos pasar.

—¡Niño! ¡Ha pasado el tiempo y veo que estas creciendo magníficamente! Tu cabello delata a la familia que perteneces. — Ezer tembló ligeramente, pero se recompuso y saludo al Vizconde con su mano en el pecho e inclinándose ligeramente. A partir de ahora, sus órdenes determinarían el destino de su vida.

—Es un honor volver a verlo mi señor, estaré a su disposición. — La mirada gélida del Vizconde estaba penetrando hasta sus huesos.

—Bien, veo que al menos le enseñaste a tu hijo algo de modales

—Por supuesto, es mi orgullo después de todo —Leiner responde.

—Oh... ¿Orgullo? ¿Entonces por qué me estas cediendo tu orgullo? —El rostro de Leiner se distorsiona ante la humillación y la furia en respuesta a esas palabras del Vizconde.

—Es... un honor que mi hijo este bajo la tutela del Vizconde Boron, estoy seguro de que aprenderá mucho. —Podía sentir la sangre en su boca luego de pronunciar esas palabras.

—No tengo mucho tiempo así que nos vamos niño, sígueme y entra al carruaje. —Boron se da media vuelta y se dirige a las puertas de salida sin responder a la cortés despedida del dueño de la fortaleza.

—Adiós hijo. —Su madre coloca sobre Ezer una pesada capa hecha de pieles de animales para protegerlo del viento y frio.

Ella tenía miles de cosas para decirle a su hijo, pero sabía que no había tiempo, todo lo importante ya se lo dijo.

—Adiós... Madre. —Ezer cruza las puertas y es azotado por el gélido viento y nieve. Nunca le gustó mucho salir del castillo, debido a sus ataques nadie le exigían mucho y simplemente lo ignoraban. Ocupaba su tiempo leyendo libros en la enorme biblioteca que sus antepasados dejaron. Pero él no sabía que en el futuro la nieve seria su cama y el viento su canción de cuna.

Y así Ezer dio su primer paso a su destino oscuro, el cual él iluminaria por su cuenta con ayudas y traiciones, amores y muerte.

Hacia lo desconocido

El viento y la nieve golpeaban al carruaje mientras avanzaba tambaleante por el camino en mal estado, transcurrieron un par de horas desde que dejó el castillo en la sombra de la noche. El cochero tenía las manos entumecidas, pero se obligaba a continuar con su trabajo, algo mucho peor lo esperaba si no lo hacía. Mientras que los caballeros sufrían en menor medida debido a su entrenamiento y la magia que circulaba por sus cuerpos aumentando su resistencia.

Ezer movió la cortina que tapaba una de las ventanas dentro del bien aislado y relativamente templado carruaje, el cielo al este comenzaba a teñirse lentamente de anaranjado revelando también un frente libre de

nubes que prometían terminar con la nieve, al menos de momento.

—Parece que dejará de caer esta maldita nieve que ya lleva días, esto retrasa el viaje demasiado. —El Vizconde pronuncia esas palabras luego de apartar la vista del horizonte con un expresionismo de irritación.

Ezer simplemente estaba sentado en una esquina sin moverse, ya no sentía muchos nervios, luego de unas horas logró calmarse al notar que nada ocurría, al menos hasta que llegasen a su destino.

—Niño ¿Por qué crees que te llevaré conmigo? ¿Para ponerte bajo la tutela de nuestra familia y así tener conexiones con los Inmerlan? Dime lo que piensas —Entabló la conversación por puro aburrimiento, buscando algo con lo que distraerse.

—Y-yo, no lo sé. Tal vez quieran información detallada de mi familia o...

—¿Eres estúpido? Ya sabemos todo acerca de los Inmerlan, mucho más de lo que te imaginas. Además, si quisiéramos apoderarnos de sus tierras no ganaríamos más que gastos continuos al tener que defendernos constantemente de las bestias... eso sin tener en cuenta los recursos que tendríamos que movilizar en caso de una horda. No, esas tierras no son nada más que un peso muerto.

—Lo que nos interesa es un rumor. —El Vizconde fijo sus ojos en Ezer, como examinando la forma de sacar la mejor ganancia de una mercancía. —Un rumor sobre un niño con visiones, no nos importaría si no fuera porque tiene sangre élfica en sus venas.

—N-no son nada más que imágenes borrosas... y no lo puedo controlar... algo mal le ocurre a mi cabeza. —Sus ataques fueron la causa de su sufrimiento en el pasado y ahora vuelven a serlo desencadenando la situación en la que se encuentra en estos momentos.

—Si, yo también lo creo. No es nada más que una historia que creaste para llamar la atención. Pero mi padre piensa otra cosa... cree que no hay que subestimar al legado de los elfos... —Estas últimas palabras las dice en su mente. —Si resulta que no sirves para nada... te usare para mis experimentos. —Lo pronuncia como si fuera algo trivial, fue dirigido a si mimo más que a Ezer.

—¿E-experimentos...? —Pregunta Ezer con miedo y timidez, cualquier intento de parecer fuerte se había esfumado hacía mucho tiempo.

Su pregunta no tiene respuesta y la conversación se termina, pero Ezer sigue culpando a su mala suerte por haber nacido enfermo

—¿Por qué? ¿Qué hice mal? ¿Yo y mi hermana... porque somos los únicos con problemas?

El viaje continúa y casi se puede ver el sol en el horizonte, el monótono movimiento del carruaje solo es interrumpido por algunas rocas o baches en el camino. Pero la paz se acaba debido al movimiento brusco del Vizconde al abrir la puerta y saltar al exterior.

—Quédate dentro y no te muevas, o te parto las piernas. —Cierra la puerta y se aleja con grandes pasos.

Ezer comenzó a escuchar gritos de los caballeros y el sonido de espadas al ser desenvainadas, no soportó la curiosidad así que echo un vistazo por la ventana. Fuera se podía ver a cuatro hombres en formación y detrás de ellos el Vizconde. Ezer creyó ver un aura negra que emanaba su cuerpo, pero su atención fue tomada por las sombras que se acercaron y atacaron a los caballeros.

—Serán animales salvajes o quizás... bestias. —Los animales salvajes no eran nada más que lobos u osos, pero si estos vivían lo suficiente y acumulaban magia en sus cuerpos evolucionaban en algo más, bestias. Su fuerza y ferocidad no podía compararse con animales normales, la población del Norte era constantemente acechada por ellos y masacrada.

Cada año, en otoño, las bestias bajaban de las montañas del Norte y buscaban comida para soportar el invierno creando hordas que destrozaban pueblos, y en algunos casos, incluso fortalezas.

La misión que fue encomendada a los Inmerlan, por la familia real, fue la de proteger las fronteras del Norte de las hordas de bestias asegurando la frontera más salvaje y hostil del reino de Renia. En su momento fue un gran honor para la familia, pero ahora no es más que una tarea cada vez más difícil de cumplir.

La nieve se volvió roja por la sangre, el combate había comenzado.

Capítulo 4

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

Ezer observa incrédulo como manchas con cuatro patas avanzan a gran velocidad y prueban la defensa de los caballeros, estas eran demasiado rápidas como para poder distinguir su forma y poder intuir a que tipo de bestia pertenecían. Lo único que estaba claro es que había más bestias que espadas.

Sin embargo, los caballeros no se quedaban atrás. Sus largas y pesadas capas se movían rápidamente en respuesta del aún más veloz movimiento de sus espadas.

El combate no era un cruce constate de ataques, sino más bien de fintas y penetrantes miradas en busca de una apertura o distracción para propinar una herida mortal.

—¡Señor, si esto sigue así nos rodearan! — Un caballero con una herida en su brazo responde refirmando el agarre de su espada.

—Son estos malditos otra vez... ¿¡Quieren vengarse!? —Todos ellos eran soldados experimentados, no sentían miedo, pero tampoco eran imprudentes.

—Consíganme tiempo.

—¡Si señor!

El Vizconde se acerca a la parte trasera del carruaje donde se encuentra un gran cajón más grande que el tamaño de una persona encontrándose envuelta en gruesas cadenas las cuales Boron remueve.

Ezer observa sus movimientos a través de otra de las ventanas del carruaje. Se aterroriza al ver lo que sale de ese cajón. Él sabía que el Vizconde era un mago, uno de los pocos del Norte, pero no esperaba que se especializase en magia negra, en especial una prohibida como la

necromancia.

Un cuerpo negro y semi-podrido con una armadura y hacha oxidada pisa la nieve por primera vez en mucho tiempo. Era el cuerpo de un famoso soldado cuyo cuerpo fue perdido, siendo el culpable claramente el Vizconde, no lograron remplazar su viejo equipamiento ya que parece que el cuerpo tiene una extraña conexión emocional a este.

El Vizconde susurra unas pocas palabras y el cuerpo comienza a moverse sujetando el hacha con ambas manos mientras que el Vizconde vuelve a la batalla acompañado del cuerpo.

Tan pronto como el cuerpo posa su mirada sobre las bestias, el ambiente parece enfriarse aún más. Pero este era un frio extraño, parecía tocar más el alma que la piel.

En ese momento Ezer se da cuenta del futuro que lo espera.

—Nigromante... es un nigromante. En el momento que no les sirva yo... —Recordó las palabras del Vizconde, sentía como la oscuridad junto con la desesperación lo envolvían. Se quedo inmóvil, con la mente en blanco y sin saber que hacer.

Pero en ese momento, como si fuera un reflejo, su mano toca la empuñadura de la daga que tenía en su cintura. La desenvaina y observa las iniciales grabadas en ella, L y E.

—Madre... —Recordó sus palabras que estaban en su mente como si fueran grabadas con fuego.

—Sin importar la obscuridad que te encuentres avanza y atraviésala, no busques la luz... sé la luz. —Repitió esas palabras una y otra vez hasta que una llama de vida comenzó a manifestarse en sus ojos.

Por primera vez estaba completamente solo, y a la merced de otras personas quienes podrían decidir su vida o muerte.

—No quiero esto, no quiero que mi futuro sea controlado por alguien. Yo quiero elegir en donde morir y la forma, yo... quiero controlar mi propio destino.

Ezer abre la puerta opuesta de donde se encontraban los caballeros y el Vizconde luchando junto al cuerpo reanimado. Respira profundo y lentamente, luego observa el penetrante y oscuro bosque y se adentra en el con una determinación inquebrantable.

—Lo siento padre, no voy a poder cumplir con tus expectativas otra vez. —Ezer se lamenta, pero esta emoción se esfuma rápidamente a

medida que la adrenalina del escape recorre su cuerpo y lo ayuda a atravesar la gruesa nieve que llegaba hasta sus rodillas.

Ezer se adentra hacia lo desconocido.

Los rayos de sol golpeaban su espalda mientras corría por los bosques sin hojas y repletos de nieve. El terreno se elevaba gradualmente hasta terminar en una pequeña colina que daba una buena visión panorámica del área, pero esta pendiente sumada la nieve, dificultaba el avance.

Después de casi media hora logró llegar hasta la cima. Ante sus ojos se extendía un extenso bosque, más allá, las enormes montañas de una cordillera que marcaba el límite de la humanidad. No había señales de que lo estuvieran persiguiendo, a menos que continuasen luchando contra las bestias, ya debieran haber notado su desaparición.

—Mi hogar está cerca de las montañas, si voy en línea recta... No, me perdería y tardaría días en llegar. Tengo que encontrar un camino y seguirlo hasta un poblado, estoy seguro que después podré llegar a casa fácilmente en carruaje. —Ezer estaba a punto de avanzar, pero se detiene abruptamente.

—Si vuelvo, el Vizconde me encontrará de inmediato y si por algún milagro mi familia me escondiera... No, eso tampoco va a ocurrir. —Deseaba ver a su madre y hermana, pero el anhelo de independencia era mayor.

—Quiero controlar mi propio destino, en mi hogar solo hay cadenas y con el Vizconde algo mucho peor... Lo único que puedo hacer ahora es seguir por mi cuenta e iluminar mi propio camino.

Incluso si se quedaba en un pueblo y escondía su identidad, existía la posibilidad de que el Vizconde lo encontrase. Hasta su familia podría capturarlo y entregarlo a los Rolennar de nuevo. Si renunciaron a su descendiente una vez, podrían hacerlo una segunda.

—Solo me queda el amparo del bosque. —Pronuncia esas ingenuas palabras a medida que desciende de la colina en busca de un arroyo para así avanzar sin tantos obstáculos y beber agua.

Pero Ezer era iluso al creer que atravesar el bosque y mucho menos vivir

en él era algo sencillo, en especial en pleno invierno.

—Tengo que encontrar un arroyo o río, con las huellas que dejo en la nieve pueden rastrearme, cosa que en las piedras de los arroyos no sucede. —Siguió descendiendo y buscando hasta que por fin encontró uno cuando el sol estaba casi en su punto más alto.

El agua helada punzaba sus labios, pero la sed era mayor que el dolor.

—Tengo suerte de que la corriente es suficiente como para que no se congele.

Se sienta en una roca cercana, que era un poco más grande que su cuerpo, para recuperar el aliento.

Solo el sonido del agua era lo único que rompía el silencio. Ezer estaba quieto pensando en que hacer a continuación cuando las sombras de los árboles y sus esqueléticas ramas se alargan y parecen centrarse en él. La luz perdió su brillo y el bosque se oscureció.

Todos esos fenómenos que imaginaba eran la representación de su miedo al darse cuenta de su realidad. Estaba solo, sin nadie a quien acudir, con nada más que sus ropas y daga en un inmenso bosque y a la merced de las bestias.

Pero las palabras de su madre lo salvaron una vez más, una y otra vez las recitó en su mente hasta que logro calmarse.

—No puedo quedarme en un mismo lugar, tengo que seguir.

—Si fuera el Vizconde... ¿cómo actuaria para atraparme? —Los cientos de libros que leyó sirvieron para algo, en especial los militares que su familia guardaba con recelo. —Recuerdo lo que estaba escrito en ese libro, en especial la frese "Piensa como tu enemigo".

—Lo que más deseo ahora es un sitio seguro, y el mejor lugar es la fortaleza de mi familia, así que tengo que hacer exactamente lo contrario. —Sigue el curso del arroyo que descendía hacia el Oeste, la posición opuesta a la del castillo.

Capítulo 5

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

A poco más de cinco kilómetros detrás de Ezer, el Vizconde junto con sus cuatro caballeros y el no-muerto portando el hacha se detuvieron donde terminaban las huellas de un niño.

—Hasta aquí llegan. — Un caballero en cuclillas examinando los alrededores en busca de anormalidades se dirige al Vizconde.

—No es tan tonto como parece. Uso el río para borrar sus huellas.

—Ah, señor esto es un arroyo así q-que... —Se detiene en medio de la oración al ver la mirada de irritación de su señor.

—¡El nombre me importa una mierda! Nos separaremos en tres equipos, yo iré junto con mi marioneta. Se dividirán en dos alas con un movimiento envolvente en dirección al castillo, tenemos que encontrarlo antes del anochecer, estos bosques ya son muy peligrosos de día. Yo avanzaré en línea recta desde el centro, si lo encuentran o algo ocurre, rompan estos cristales. —Boron entrega a cada equipo un cristal rojo, del tamaño de su palma.

—Pero señor… —El mismo caballero anterior intenta llamar la atención del Vizconde. —Tal vez el niño no se dirija al castillo.

—¿Quieres decir que se perdió? ¿Qué no sabe orientarse y no conoce sus propias tierras?

—O tal vez todo lo contrario, es lo suficientemente inteligente como para saber que es ahí donde buscaríamos primero.

Boron contempla las palabras de su caballero y asiente ante genuina posibilidad.

—Sabe eliminar sus huellas en las rocas, no parece ser tan tonto. Tal vez la información no era acertada y es más que un ratón de biblioteca. —Otro

caballero intercede en la conversación dando su opinión.

—Al norte están las montañas, es imposible que vaya en esa dirección, no si quiere vivir. De acuerdo… iré al castillo siguiendo un camino ligeramente hacia el sur, que otros dos lo hagan por el norte y el resto siga hacia el oeste.

—¡Si Milord! —Respondieron a la vez ejerciendo el saludo de caballeros poniendo su puño en el corazón y partieron.

—No me queda mucha magia, pero tiene que alcanzar hasta el anochecer. Es la primera vez que controlo a este no-muerto tanto tiempo, si llego a mi limite... las cosas se pueden poner peligrosas. —El Vizconde susurra en su mente secretos que nunca pronunciaría a nadie.

—Ese niño… no tenía mucho interés en él si no fuera por mi padre, pero ahora es personal. Una vez que lo atrape… puedo usarlo un poco antes de dárselo a él.

Boron habla consigo mismo mientras avanza por la nieve y el terreno traicionero, a pocos pasos delante, una mole de carne le abría paso por la densa capa blanca.

—C-creo que ya estoy lo suficientemente lejos. —Articula Ezer con voz agitada por el cansancio.

Pero la verdad era otra, apenas si había avanzado poco más de dos kilómetros en una hora. La falta de experiencia al moverse por los bosques y el no haber comido nada en todo el día lo retrasaba más de lo que creía.

—Ahora no tengo frio, pero eso va a cambiar en la noche. Tengo que encontrar un lugar para dormir y rápido.

Los gruesos abrigos que llevaba puesto, que eran fabricados con pieles de animales, además del constante movimiento mantenían alta su temperatura corporal.

Al continuar avanzando se topa con múltiples huellas de animales en la nieve.

—Estas son... ¿de perros? No, son muy grandes y dudo que haya perros en esta parte del bosque. Los más probable es que sean de lobos.

—Parecen ser recientes... y son una mandada. Puede que se separan en dos grupos. —Estando en cuclillas para observar mejor las

huellas que claramente se dividían en direcciones opuestas, Ezer se levanta y continua su camino sintiendo nervios debido a los animales próximos.

—Se separan, así que no se si simplemente seguir en línea recta o dar un rodeo. Pero si lo hago puede que me encuentre con una parte de la manada. Y si retrocedo puedo encontrarme con el Vizconde y sus hombres. —Sus pensamientos se volvieron caóticos y no sabía que decisión tomar.

Pero lleva su mano a la daga y repite las palabras de su madre. Ahora se volvió una costumbre, cada vez que tenía un problema lo recordaba y eso lo ayudaba a tranquilizare y pensar racionalmente.

—Seguiré en línea recta, si tomo un rodeo perderé tiempo y puede que me encuentren.

Ezer no tenía idea de que los hombres del Vizconde se separaron en tres grupos generando un movimiento envolvente, uno de ellos, en su dirección. Se daría cuenta dentro de poco tiempo.

El sol hacía tiempo que ya comenzaba a descender y no faltaban muchas horas para que se ocultase por completo. Ezer continúo avanzando con un ligero dolor de cabeza, pero sin visiones. Comenzó a sentir que alguien o algo lo vigilaba y, a cada paso, la sensación se hacía más fuerte.

Alcanzó la cima de una loma un poco más grande que la anterior. En ese momento se encontró con algo inesperado

A casi doscientos metros de Ezer, dos hombres detienen su avance y miran directo hacia él. El hambre y cansancio hicieron que olvide completamente el sigilo y simplemente se concentre en avanzar, cometiendo el error de prácticamente terminar en las narices de sus perseguidores.

—¡Ah! —Ezer deja salir un grito ahogado y hecha a correr en dirección contraria y colina abajo. Los caballeros comienzan a perseguirlo en ese mismo instante.

Su garganta comienza a dolerle debido al frio aire de invierno. Escapa por los mismos lugares por los que vino y conoce, pero la pendiente y la gruesa nieve acumulada hace que caiga y pierda unos preciosos segundos, los cuales los caballeros aprovechan cerrando la distancia que

los separaba.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Sus piernas dolían y cada da paso le costaba más que el anterior. En cambio, los soldados tenían un estado físico mucho mayor debido a sus entrenamientos y al tener cuerpos de adultos.

—Siento que alguien me observa... ¿Podrían ser los otros caballeros? ¿Estarán intentando rodearme? Tengo que perderlos en algún lugar... —Pensaba claramente a pesar de encontrarse en una situación de peligro, una cualidad necesaria para sobrevivir.

—El arroyo no me sirve... pero si buscase un río con un caudal mayor... pero tampoco puedo ir a ciegas, perdería mi única ventaja de saber el terreno por el que voy. —La distancia que separaba a los caballeros de Ezer no era más que cien metros y se acortaba a cada segundo.

—Mis huellas, estoy yendo por el camino correcto... en unos metros debería haber menos arboles —Ezer se guiaba siguiendo las marcas en la nieve que había dejado. —Huellas... ¡huellas! Los lobos, si logro llamar su atención puede que me ganen tiempo.

—Aunque sea una espada de doble filo, es mejor que nada. —Para atraer a los lobos, que esperaba que estuvieran cerca, toma su daga y se corta el brazo los suficiente como para que sangre en una cantidad considerable pero que no dificultara su escape.

La nieve se teñía de rojo con las gotas espesas que caían de sus dedos, Ezer al ver esto comprendió lo que acababa de hacer.

Capítulo 6

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

—Y-Yo lo hice sin dudar... —Un niño taciturno que solo leía libros y soportaba los insultos de su familia cortó su propio brazo sin titubear para atraer lobos que podrían ser tanto su salvación como perdición.

El enfrentar la muerta cambia a una persona, o tal vez lo único que hace es liberar lo que estaba encerrado en su interior, un instinto primitivo... un instinto de supervivencia.

Pero su emoción se apagó rápidamente al darse cuenta de que su plan tenía otra falla.

—Pérdida de sangre... No lo noté, la sangre atraerá a los lobos directamente hacia mi… No importa, algo se me ocurrirá.

Continúa corriendo, no hay tiempo para detener el sangrado que, de todas formas, se detendría en poco tiempo debido a que el corte no era muy profundo. Sin embargo, la distancia entre sus perseguidores se redujo a cincuenta metros o menos.

En ese momento, Ezer tuvo que lidiar con otro problema. Visiones acompañadas de dolores ocuparon su campo de visión.

Se encontraba dentro de un carruaje que se movía suavemente, el exterior se veía borroso debido a la gran velocidad. Estaba sentado en un asiento largo y frente a él habían dos separados por un espacio en el medio, a diferencia de los carruajes que conocía, los asientos se encontraban mirando en una dirección y no enfrentados. Dos personas están sentadas en ellos y una se da vuelta dirigiendo su mirada hacia Ezer, para su sorpresa, una gran sonrisa y ojos llenos de amor lo miran.

Anonadado, Ezer eleva su rostro de la nieve, su visión había terminado y el algún punto de esta, él terminó en el suelo. Mira detrás y continúa corriendo con desesperación. Veinte metros lo separaban ahora y no

faltaba mucho hasta que lo capturasen.

Ezer lleva su mano a la daga y la desenvaina, la distancia es ahora de diez metros. Respira profundo… nueve metros, ocho, siete, seis. Se da vuelta y los enfrenta cuando tres metros lo separa de ambos.

—Niño, sí que sabes correr. —El caballero recupera el aliento con la espada en mano. —Esta vez no cometeremos el mismo error y te romperemos las piernas. —Un brillo sádico se refleja en sus ojos.

Ezer no responde mientras mantiene en alto la daga, con obvias aberturas en su defensa. No sabía si la amenaza era verdadera o no, pero no quería averiguarlo.

—¡Ja! ¡Parece un gato erizado!

—Si, pero los gatos rasguñan cuando lo están. —Responde su compañero con una mirada más fría y calculadora.

—Solo a quienes no saben manejarlos.

Con unos ligeros pasos y un simple movimiento de su espada, el caballero desarma a Ezer quien sufre un pequeño corte en la base de su pulgar.

Sujetando su mano con furia y miedo Ezer intenta correr nuevamente, aunque es detenido con un puñetazo en el mentón.

El sabor a hierro inunda su boca, la desesperación y resignación debilitan sus brazos y piernas. Solo la fría nieve le recuerda que sigue vivo.

—No sirve de nada tener la determinación de controlar mi destino si no tengo la fuerza para respaldarlo. —Piensa con amargura mientras una lagrima de dolor e impotencia escapa de sus ojos

Una bota presiona su pecho fuertemente y dificulta su respiración, lo devuelven a la realidad.

—Niño, a partir de ahora a todo lo que diga responderás con un ¡Si señor! ¿Entendiste? —Mientras hablaba continúa aumentando el peso en el pecho de Ezer.

—……..

—¿Sin respuesta? Como quiera.

—¡Aahhg!

Las costillas de Ezer se doblaron hasta casi llegar al punto de quiebre y el aire se escapó completamente de sus pulmones. El caballero continuo así hasta que su rostro se volvió rojo por falta de aire.

—Solo un poco más de fuerza y tus costillas se rompen. Solo tienes que decir una pequeña y corta frase.

Este era el mismo caballero que se acobardaba ante una simple mirada del Vizconde. Estaba claro que tenía una preferencia de humillar a los más débiles mas no la de devolver la mirada a sus superiores.

—S-si... si. —La falta de aire y presión dificultaba hablar, pero Ezer también se mostraba recio a pronunciarlas.

El caballero tenía ordenes de no deñar a Ezer, a no ser que sea estrictamente necesario. Pero sus ojos señalaban que se había olvidado por completo de ello.

—Si s-seño. —Sin poder respirar Ezer se rinde, pero antes de que pudiera terminar la frase una presencia llama su atención.

Su mirada estaba fija en él, ojos azules intensos que parecían ver a través de todo. Liberaba un aura majestuosa que parecía obligar a la naturaleza a inclinarse con respeto. Con su pelaje blanco como la nieve, una loba se acercaba con pasos ligeros.

Ezer quedo impresionado, al igual que los caballeros. Parecía como si el mundo se hubiera detenido y solo la loba podía moverse libremente. Aunque el momento duró menos de un segundo y los caballeros se recuperaron enfrentándola con rostros serios.

—No puedo creer que nos siguieron.

—Estos lobos no son simples, lo presiento.

—Sabía que no teníamos que molestarlos.

—Fuiste uno de los primeros en sugerir que los atacásemos.

—Nunca pensé que fueran tan letales... Pero ahora solo hay uno, podemos acabarlo sin problema.

—Si, rodeémoslo. —Fijaron un plan con un poco de ansiedad en sus voces.

Los ojos del animal estaban clavados en Ezer, aunque se detuvieron en él unos pocos segundos. Una gran inteligencia era trasmitida a través de su

mirada, era como si una persona y no un lobo lo observase.

Ezer estaba en el suelo, perdido ante la profundidad y magnitud del azul de esos ojos. Su pulso se estabilizo al igual que su respiración, algo en su sangre le decía que no tuviese miedo... algo en su sangre le decía que esos ojos eran de confianza.

Capítulo 7

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

Los caballeros rodearon a la loba dejándola a distancia de sus espadas. Ella simplemente desvió su mirada y flexionó las rodillas ligeramente adoptando una postura de ataque.

El caballero de la derecha realizo el primer movimiento lanzando un corte descendente en diagonal. El cual fue rápidamente esquivado por la loba, quien luego asumió la misma postura.

El combate se detuvo momentáneamente, ambas partes estaban probando sus habilidades y reacciones.

—Erk, esta bestia es definitivamente de nivel 5 o mayor. —Quien efectuó el primer movimiento habla con rostro serio.

—Si...también lo creo. Lo que más me preocupa es su inteligencia... es anormalmente alta.

La magia que circula a través de las bestias no solo nutre sus músculos, sino que también su cerebro. Haciendo que algunas puedan llegar a tener la inteligencia comparable a la de un humano, aunque eso es solo visto en las leyendas de los ancianos.

—Esto ya no se trata solo de atrapar al chico, hay que dar la señal. —Erk con su barba marrón al igual que su cabello toma de su bolsillo un cristal rojo, el mismo que el Vizconde le otorgó, y lo rompe en su mano al mismo tiempo que lo arroja al cielo.

Una enorme bola comienza a brillar con un color rojizo muy por encima del nivel de la copa de los árboles, siendo visible a kilómetros de distancia.

—No deberían tardar mucho. Solo tenemos que ganar tiempo hasta que lleguen. —Erk baja su brazo el cual tiene pequeños hilos de humo en sus

dedos recubiertos por un guante.

—Si es solo uno podemos encargarnos de él.

—No te confíes de las bestias, vi a docenas morir por ello. Además, los lobos se mueven en manadas.

La loba al ver la señal en el cielo entrecierra los ojos y elevando su cabeza realiza un agudo aullido que rebota en las laderas de las montañas y valles para luego cargar contra los caballeros, parece darse cuenta de que no tiene mucho tiempo.

Ataca a los pies agachándose lo más que puede para evitar el alcance de las espadas, los soldados responden con posturas defensivas repeliendo sus dientes y garras.

La bestia era mucho más rápida y ágil. Sin embargo, cada vez que lograba colocarse detrás de uno de los caballeros para asestarle un golpe fatal, el otro respondía inmediatamente y lo evitaba. Ambos trabajaban con perfecta coordinación cuidándose las espaldas.

El combate llega a un punto muerto, ninguna de las partes se supera en fuerza, ahora se trata de una lucha de ingenio. Ella vuelve a atacar esta vez lanzado un poco de nieve con su cola hacia los ojos del enemigo.

Esto ciega a Erk por un momento, pero eso es todo lo que necesita la loba para atravesar su defensa, hincar sus dientes en la pierna atravesando las grebas de cuero y cortar la carne. Tan rápido como ataca se retira, evitando que el otro caballero puede realizar un contraataque.

—Mierda, ¿Cómo estas Erk?

—No fue grave, la greba hizo su trabajo, solo sangra un poco. No esperaba que pueda usar trucos como ese, por eso es que son tan peligrosas las bestias inteligentes.

La loba cumplió su objetivo, crear una debilidad para explotarla y conseguir ventaja. Sangre se podía ver en sus dientes cuando gruñó antes de volver a atacar.

El combate se prolonga con constantes ataque y retiradas, resultando en pequeñas heridas tanto para los caballeros como para la loba. Los hombres comenzaban a respirar con fuerza demostrando su cansancio.

Ella aprovecha esto realizando un ataque letal y decisivo, pero a la vez peligroso. Erk se encuentra entre un árbol que no perdió sus hojas en el otoño, por lo tanto, acumuló nieve. Su compañero utiliza esto golpeándolo

fuertemente en el tronco con su espada.

—¡Nosotros también podemos usar trucos!

La nieve cae sobre la loba disminuyendo su velocidad y movimiento. Erk lanza una estocada mortal directo al cuello, el cual ella logra esquivarlo por centímetros, de todas maneras, su pata delantera recibe un profundo corte del cual emana sangre que tiñe su pelaje.

Erk no desaprovecha la oportunidad y continúa presionando, lanzando ataque tras ataque arrinconando a la loba, que sumados los ataque del otro caballero la dejan sin sitio para escapar.

Ezer, todavía en el suelo, mira estupefacto la lucha. Al verla arrinconada su sangre comienza a hervir y un extraño instinto le decía la ayude. Levanta la daga del suelo y corre en línea recta empuñándola.

Erk no necesitaba darle órdenes a su compañero, años de lucha juntos les permitió crear una confianza inquebrantable y coordinación tácita. Arrinconaron al lobo, solo faltaba el golpe final, aunque con mucho cuidado ya que cuando presionas a un animal, más peligroso se vuelve. Estaba a punto de dar un paso adelante a la vez que levantaba su espada para asestar el golpe, cuando siente una terrible punzada de dolor en la espalda.

Una daga negra como la muerte penetra hasta su riñón, ignorando la armadura, haciendo que caiga de rodillas soportando su peso en la espada a modo de bastón.

Ezer retira la daga rápidamente del cuerpo haciendo que un torrente de sangre se escurra por la herida infringida. Se queda inmóvil, con la mente en blanco, sin saber que hacer a continuación.

—¡Erk! —Su compañero responde de inmediato al ver su estado y sus ojos se llenan de furia sin razón al ver la daga ensangrentada que Ezer sujetaba con firmeza.

Combates honrados y sangre derramada por causas justas, ese era su ideal, su convicción. Pero cuando ve a su compañero quien fue apuñalado por la espalda sin misericordia u honor por un niño, hace que lo enfurezca desde lo más profundo de su alma. Pero la furia sin razón es uno de las mayores debilidades en el campo de batalla, y la loba no lo deja pasar. Mordió fuertemente el brazo que sujetaba la espada hasta que se escucharon los huesos crujir y la sangre emanar como si estuviese el brazo cercenado.

La fuerza del ataque hizo que el caballero perdiera el equilibrio y cayera al suelo, intentó levantarse al mismo tiempo que buscaba el cuchillo de su

cintura con su otra mano, pero unos dientes oscurecieron su vista y desgarraron su cuello.

El grito se escuchó por todo el bosque y Ezer distinguió claramente como la piel y carne se desprendían de los hombros y cuello del hombre en el suelo.

Erk intento blandir su espada, aunque lo único que consiguió fue perder su punto de apoyo y caer al suelo sin fuerzas, estaba a punto de desmayarse por la pérdida de sangre.

El blanco de la nieve y rojo de la sangre que la teñía lentamente creaban un espectáculo macabro y sin piedad.

Cuando Ezer volvió en sí, la loba lo miraba fijamente y en sus ojos pudo distinguir, casi como si hablara, sus intenciones.

—Sígueme. —Eso parecían decir.

Capítulo 8

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

—Mi señor, la señal fue lanzada detrás de esta colina. —El grupo que se había separado volvió a reunirse con el Vizconde y se encontraban en estos momentos en la base opuesta de la colina donde se había lanzado la esfera de fuego al aire.

—Apresurémonos, no es propio de Erk tardar tanto. Ya deberían haberse reunido con nosotros si atraparon el niño. —Podrían parecer pocos los caballeros que escoltaron al Vizconde en su viaje, pero son la elite de su familia. Además, trabajaron hombro a hombro en luchas creando un perfecto trabajo en equipo que, sumados a la magia del propio Vizconde, crea una fuerza más que suficiente para un simple viaje a las fronteras del Norte.

No tardaron en llegar a la cima y comenzar a descender de ella, los árboles y terreno impidieron ver el estado de sus compañeros hasta que estuvieron en frente de ellos.

El Vizconde vio impresionado como dos de sus mejores hombres yacían en el suelo alrededor de enormes círculos de sangre en la nieve. Los caballeros a su lado se apresuraron a comprobar el estado de los que a simple vista parecían cuerpos sin vida, mientras que el soldado no-muero estaba inmóvil con su hacha protegiendo a su amo.

—¡Mi señor! El comandante Erk sufrió una puñalada en la espalda directo sobre un riñón, su vida corre peligro, ahora mismo estamos tratándolo. Aunque no podrá moverse por sí mismo y necesitamos llevarlo a un doctor rápidamente… —Recupera el aliento y vuelve a hablar, pero esta vez con un tono más sombrío y deprimente. —En cuanto a Terer... su cuello y hombro están desgarrados, probablemente por una bestia y las huellas apuntan que es un lobo. Señor, está al borde de la muerte... estoy seguro

que sería un honor para él que usted encomendara su alma a Niva.

—El borde de la muerte es mi especialidad. —Boron se acerca al hombre cuyo cuello sigue emanando la poca sangre que le quedaba, coloca sus rodillas en la nieve y sus manos en las mejillas blancas, casi sin sangre, de Terer. —Puedo salvarte si lo deseas, aunque en parte dejarías de ser tú mismo. Puedes buscar justicia y vengarte con el tiempo que te otorgue. Sin embargo, hay un precio… ¿Estás dispuesto a abandonar tu humanidad?

Terer movió sus ojos de arriba abajo ya que era lo único que podía hacer. Comenzaba a temblar de frio a medida que la sangre dejaba su cuerpo.

El Vizconde nunca tuvo consideración con sus sujetos de prueba. Si necesitaba niños, los secuestraba y silenciaba a su familia con dinero u otras formas más radicales. Pero debió conseguir la aprobación de su subordinado debido a la moral de sus otros caballeros, más que por respeto.

—Perfecto, por primera vez tengo un cuerpo ideal... un caballero de su nivel ¿Que poder conseguirá? Tengo que tener cuidado, es una magia muy compleja y puedo fallar. La diferencia entra la muerte y la vida es muy grande, pero él está en la frontera de ambos... es perfecto. —El Vizconde tuvo que esforzarse para que no aparezca una sonrisa en su rostro.

A través del bosque retumbo un grito humano que fue transformándose en algo distinto, algo más oscuro, tanto que helo la sangre de cualquiera que lo escuchase.

Pájaros que no emigraron antes de la llegada del invierno se alzaron en vuelo al sentir el grito desgarrador. Ezer se detiene un momento, intentando recuperar el aliento que el día más agotador de su vida había consumido.

—¿Qué fue eso? ¿Un grito? ¿Seguirán buscándome? —Mirando al cielo teñido de anaranjado que anuncia el final del día, Ezer se realiza preguntas a sí mismo. Desvía la mirada hacia la loba que cambian delante de él, bastante rápido a pesar de su herida. Ella se detiene, lo mira y lo urge a seguir con un leve movimiento de la cabeza.

A pesar de su intenso dolor de pies, Ezer continúa avanzado detrás de ella si dudar. No siente miedo o inseguridad, tal vez el agotamiento mental forme parte de ello, simplemente continua con una confianza ciega en la loba.

El atardecer sede su paso a la noche ocultando el sol detrás del horizonte. Se hace más difícil ver y caminar, sumado la baja temperatura que continúa disminuyendo a paso alarmante. La distancia entre la loba y Ezer aumenta, ella al notarlo comienza a caminar más despacio intentando de no perder al niño.

—Esta tan oscuro que casi no veo por donde voy... ¿Cuánto más? ¿cuánto tiempo más? Ya no puedo seguir, estoy cansado. ¿No puedo tumbarme y dormir?

Con la cabeza gacha y con pasos cada vez más débiles Ezer sigue caminando, simplemente siguiendo las huellas de la loba. Aunque se detiene al notar que ella también lo hizo, alza la vista y ve a cinco lobos alineados en forma de media luna, casi rodeándolo.

Todos están mirando directo a él, parecía como si pudiesen ver hasta los latidos de su corazón. Después de un tiempo todos vuelven la mirada, al mismo tiempo, a la loba que está en frente de él.

—Están hablando entre sí. —Ezer tenía ese presentimiento.

Pasaron varios minutos de esta forma, las estrellas brillaban en los claros dejados por las nubes. Repentinamente, los cuatro que estaban en formación se alejan dejando a un lobo gris en el centro. Este tenía una mirada firme y profunda, el Alfa, no fue difícil distinguirlo.

Sus ojos y los de Ezer se cruzaron. Ezer inclino su cabeza provocando una pequeña reacción de sorpresa en el lobo. Su expresión parecía decir —Sabes los mínimos modales.

Ni siquiera Ezer sabia porque lo hizo, solo sentía que era lo correcto y eso le decían sus instintos.

El alfa da media vuelta y camina por el oscuro bosques al igual que la loba blanca y por ende Ezer también. Tropieza varias veces debido a que la luz de la luna y estrellas no podía atravesar las nubes que cubrieron el cielo de forma repentina. Sin notarlo, debido al cansancio extremo, Ezer coloca una mano sobre el blanco lomo de la loba para guiarse con sus pasos, a ella parece no importarle.

La manada por fin se detiene en la base de una colina muy empinada como para escalarla, una pequeña cueva soportada por raíces de árboles generaba un refugio precario pero perfecto para evitar el viento.

Ezer encuentra un espacio desocupado y se desploma sin importarle nada más. Pero cuando intenta conciliar el sueño, el frío entra hasta su columna e hiela su sangre. Ahora que dejó de moverse, no genera el calor suficiente y comenzaba a congelarse. Su cuerpo comienza a temblar

buscando generar calor a través de las contracciones.

Pero en ese momento, siente algo suave y cálido que se desliza en su espalda. Lentamente deja de temblar y sus parpados comienzan a cerrarse.

—Gracias. —Es todo lo que puede decirle a la loba blanca, antes de dormirse, que se acercó a compartir su calor y salvarle la vida más de una vez.

La loba asiente reconociendo su agradecimiento y lo observa por unos segundos antes de dormir ella también.

Y así, la noche se transforma en día, uno que no será sencillo para Ezer.

Capítulo 9

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

Una densa neblina cubría todo el terreno ocultando las grandes rocas que casi parecían estar colocadas deliberadamente para crear un escenario único. Esto sumado a que al sol todavía le faltaban algunos minutos para ser visible, creaban un ambiente un tanto depresivo haciendo que a Ezer le costase despertarse.

Cada fibra de sus músculos le dolían, fue la primera vez que camino tanto en su vida. Logró dormir sin congelarse gracias a la loba, pero de todas formas sufrió bastante con el duro suelo. Estiró su cuerpo al mismo tiempo que su estómago rugía.

—Tengo tanta hambre que me comería las cortezas de los árboles. —Lo dijo mientras miraba de forma peligrosa al árbol más cercano.

Observaba su alrededor buscando algo que comer, un ave, ardilla, lo que sea. Aunque no tuviese idea de cómo cazarla, eso no lo desalentaba, el hambre no lo permitía. Estaba a punto de caminar en su búsqueda cuando nota el silencio.

Los lobos, que hace unos minutos estaban detrás de él, se habían ido dejando solo sus huellas. En pánico Ezer corre siguiéndolas intentando encontrar a su única posibilidad de sobrevivir, los lobos.

Diez minutos después los divisa y deja escapar un suspiro de alivio. El pánico termina dejando su lugar al cansancio, ahora caminar le costaba el doble y su respiración no era la regular.

Los lobos avanzan sin misericordia y nunca mirando hacia atrás, nadie prestaba atención a Ezer, nadie salvo una cierta loba blanca. Los sonidos del estómago de Ezer aumentan, sus pasos se hacen más débiles y su mente grita por un descanso.

—Si me detengo ahora, me dejarán atrás. —Su experiencia previa le sirvió

de lección

La loba blanca, que era la que caminaba más cerca de Ezer, se aleja de la manada y adentrándose en los bosques con pasos ligeros y silenciosos. Si Ezer no hubiera visto como se alejaba, puede que no notase que se fue.

Media hora después, cuando el sol comenzó a despejar la niebla, la manada por fin se detiene en la rivera de pequeño río. Ezer se sienta en el suelo con la espalda apoyada en un tronco muerto, sin importarle las incomodas rocas que están en el suelo. Sus piernas están exhaustas y su cuerpo reclama energía.

De repente, una masa blanca con marcas rojas en el cuello cae al lado de Ezer. Un conejo blanco, de un tamaño considerable yace inmóvil a su lado. La loba lo mira con ojos penetrantes y luego se recuesta en un sitio cercano.

Ezer entiende perfectamente lo que quiso decir con la mirada, con una pizca de inseguridad, toma al conejo y lo acerca a su boca. Unos segundos después de mentalizarse, sus dientes comienzan a estirar la dura piel intentando separarla de la carne.

Un fuerte sabor magro y a hierro inunda su boca, sin importarle, continúa comiendo y saciando su hambre, cuando su estómago esta los suficientemente lleno como para que su cerebro comience a reaccionar, recuerda su daga y la utiliza para quitar la carne más fácilmente.

Era la primera vez que probaba carne cruda, la cocinaría si tuviese las herramientas o el tiempo suficiente. Sin embargo, no tenía ninguna de las dos cosas y su hambre le urgía que comiese de inmediato.

Su apariencia parece la de un salvaje que no comió por días, con sangre en las manos, boca e incluso en la punta de su nariz, por supuesto, a Ezer le importaba poco.

Sorprendentemente el conejo basto para llenarlo, ya que era más pelaje que carne, aunque su estómago sufría un poco al digerir la carne cruda.

Se lava y toma agua en el río, la cual parecen agujas heladas en vez de agua en sus dedos. Su cansancio disminuyó y su autoestima se elevó, ahora pareciera que pudiese continuar.

La manada se mueve poco tiempo después, descienden por la ladera de una loma que casi se podría llamar montaña. Observando la posición del sol y del paisaje que tiene en frente, Ezer nota la dirección a la que se dirigen.

—El norte... a las montañas, la frontera. —Con picos negros, tan angulados que ni la nieve puede asentarse en ellos, unos al lado de otros como formando una muralla titánica que separaba dos mundos. Solo existe un paso a través de ellos, y ese paso es el que guarda la familia Inmerlan. Pero siempre existen las excepciones.

El sol marcaba el mediodía cuando Ezer presencio un acto increíble. Los lobos se separaron en dos comenzaron a rodear a un venado, no había viento así que no tenían que preocuparse por que su aroma se desparramase por el lugar. Ezer estaba agachado muy por detrás de ellos, apenas pudiendo ver al venado gracias a sus grandes astas.

El alfa lideraba a la manada, cuando llegan al sitio perfecto, todos se agazapan a la vez a la espera. Sin previo aviso, y con una coordinación que casi parecía que se hablaran mentalmente, quienes estaban en la derecha corren repentinamente olvidando por completo el sigilo. Esto hace que el venado responda de la forma más obvia y comience a correr en la dirección opuesta, la cual esperaba la otra parte de la manada.

El terreno se elevaba un poco lo cual hizo que al venado le costase cambiar de dirección repentinamente al notar a los demás lobos, pero de todas formas los evita y corre en diagonal. Aunque pierde unos segundos, los cuales los lobos aprovechan y cierran la distancia.

Con la vista casi completamente bloqueada, Ezer ve como el Alfa se abalanza sobre el venado logrando que este pierda el balance y caiga al suelo rodando al igual que el lobo.

La caza se transforma en un baile de muerte. Si el venado se levanta antes, puede que escape, pero si lo hace el lobo, su destino está asegurado. Presintiendo esto el venado se levanta a la vez que lanza sus pesuñas en un ataque desesperado.

La visión de Ezer esta ahora completamente bloqueada por árboles, solo logra oír un fuerte chillido, que no sabe si fue emitido por el lobo alfa o el venado. Dejando su escondite se apresura a conocer el resultado.

Detrás de la línea de árboles yace la manada rodeando dos cuerpos que respiran forzadamente. La sangre mancha la nieve del mismo color que las pesuñas del venado, el alfa tiene su mandíbula en el cuello y las gotas de sangre llegan hasta las pesuñas del venado.

El lobo aplica más presión produciendo un distintivo sonido a algo rompiéndose, la respiración del venado termina después de una ligera convulsión y no vuelve a moverse.

Ezer presencia la cruel, pero a la vez bella muerte en su forma más pura, los lobos no mataron al venado por venganza, envidia o por el simple

asqueroso deseo de hacerlo sin razón. En cambio, lo hicieron por necesidad, por hambre, para vivir.

Una forma de muerte la cual los humanos olvidaron y la retorcieron para su conveniencia, la verdadera esencia de la vida y la muerte que solo la naturaleza respeta.

La manada comienza a darse un festín, y Ezer se les une.

Capítulo 10

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

Luego de limpiarse la sangre en la nieve, y con en estomago repleto, Ezer avanza hacia el norte junto a la manada, a paso constante y sorteando los obstáculos del bosque. Su condición física no era la mejor, pero de todas formas lograba apañárselas para seguir a los lobos.

Sin embargo, su marcha se dificulta repentinamente debido a los constantes martilleos que sentía en su cabeza debido a las visiones. Veía cosas irrelevantes, borrosas o sin sentido que olvidaba a los pocos segundos como si fuese un sueño. Aunque había excepciones, en especial con la sonrisa que esa mujer tenía en su rostro.

El día estaba a punto de terminarse y la manada al notar esto se detiene. Tal vez faltase una hora para la completa oscuridad, y Ezer no iba a desaprovecharla. Reúne varios palitos y yesca para intentar encender un fuego, toma dos piedras y las golpea entre sí.

Luego de diez minutos y cortes en los dedos, lo único que consigue son unas pequeñas chispas que se apagan en el aire. Cada vez hay menos luz y Ezer comienza a desesperarse, además de los dolores de cabeza que volvieron justo en el momento menos oportuno.

—¡Este maldito dolor no me deja pensar! ¡Si tan solo...! —Una idea emerge en su mente, como si fuera un destello fugaz de algo que siempre estuvo guardado y esperando a salir.

Sin dudar un momento, Ezer quita de su bota el largo cordón que usaba para atarla y la coloca en un palo levemente curvado, de tal forma que pareciese un arco en miniatura. Coloca un palo más pequeño, como si fuera una flecha, y envuelve un extremo con la cuerda tensa. Con un pedazo de corteza, a modo de guante, sujeta la "flecha" y la hace rotar moviente el arco rápidamente sobre un trozo de madera.

La fricción taladra la madera, la madera se convierte en polvo y esta se calienta produciendo brasas. Rápidamente, y con manos temblorosas, Ezer traslada las brasas a la yesca para después soplarlas suavemente

creando, de repente, una llama.

Emocionado y estupefacto, Ezer reacciona y alimenta lentamente al fuego con más palos pequeños y cortezas. Después de unos pocos minutos de usar el nuevo método, se sienta y disfruta del reconfortante calor que emana la fogata.

Observando sus manos llenas de cortes y ampollas, Ezer no puede evitar sonreír. El sentimiento de realización lo inunda y parece que pudiera dominar al mundo, pero es devuelto a la realidad cuando la loba se sienta junto a él.

—No le tienes miedo al fuego. —Al igual que ella, los demás lobos que también se aproximaron, pero no tan cercanamente.

—No puedo agradecerte lo suficiente. Por salvarme y también por la comida. —La loba levanta la cabeza y lo mira reconociendo sus palabras.

—Me es difícil hablarte sin un nombre, que tal... —Luego de unos momentos, Ezer se decide. —Lia... Si, Lia. A partir de ahora te llamaré Lia, espero que no te moleste. —Sonríe, como orgulloso de su sentido de nombramiento.

Los ojos de Lia se abren ligeramente impresionados, luego baja la cabeza una vez más sonriendo, o al menos lo equivalente para un lobo. Ezer no lo nota, estaba muy ocupado rascando las heridas de sus manos que comenzaban a molestarle.

Ezer siguió intentando entablar una conversación, pero que no te respondan es un poco raro y no estaba acostumbrado al sentimiento. Aunque al menos sabía que Lia entendía lo que decía, lo veía en sus ojos azules que reflejaban las llamas rojas dándoles un aspecto único.

Una punzada azota su cabeza nuevamente, corta pero intensa, lleva su mano a la cabeza por instinto y su rostro se distorsiona por el repentino dolor. Lia lo mira un poco preocupada al notarlo de esta manera.

—No te preocupes por esto, hay días que ocurre y otros que no. Tengo esto toda mi vida así que no importa mucho. —Lo dice intentando animarse a sí mismo.

—Aunque hoy fue bastante intenso, no recuerdo otra vez igual.

—Estoy cansado... ehh... ¿puedo...? —Intentaba preguntarle si podía recostarse en ella y compartir su calor, además de usarla como almohada. Pero lo único que consiguió fue un gruñido.

—¿Pero ayer?

Lo único que consiguió fue otro gruñido más fuerte que parecía decir

—Ayer era ayer y hoy es hoy, tampoco te congelas en estos momentos.

Sin más opciones usa su propio brazo como almohada y se conforma con el calor del fuego, que ahora ardía con un gran tronco que duraría toda la noche. Se duerme casi al instante, exhausto debido al día lleno de cosas nunca antes vistas.

Lia lo sigue poco después de observarlo y pensar en lo que depararía mañana, en especial al niño que los seguía. Las estrellas se podían ver claramente esa noche y prometían un buen tiempo que era raro en invierno.

A la mañana siguiente, la manada se desvía al oeste cuando ya estaban muy cercanos a las faldas de las increíbles montañas. Los lobos comienzan a moverse rápidamente luego de olfatear el aire un momento. Ezer con mucho esfuerzo logra mantener el paso, a través del terreno variado, hasta llegar a un pequeño claro en el cual los rayos del sol eran reflejados por la nieve dificultando la visión.

En el centro, quizás a cien metros o más, se encontraba un alce. Era enorme, con seguridad del doble del tamaño de uno normal, sus astas eran igual de impresionantes y reflejaban la luz tanto como la nieve. Una vista espectacular se forma entre el brillo de la nieve y el alce.

Ezer estaba seguro, ese alce era una bestia mágica. No existía alguna otra explicación, solo la magia podía dar vida a semejante criatura.

En su estupefacción, Ezer no se da cuenta de cómo los lobos comenzaron a rodear lentamente al alce cubriendo todas las direcciones del claro. Al notarlo, se queda sin palabras.

—¿Van a intentar cazar ESO? —Los lobos que se movían en la nieve no tenían comparación con el tamaño de su presa.

—Es imposible que lo logren... —Estaba a punto de moverse, al mismo tiempo en el que la manada termina de posicionarse, pero Lia lo detiene.

Al verla, siente en su mirada y vuelve a agacharse confiando en ellos. Ezer observa a los lobos y al alce continuamente sintiéndose cada vez más nervioso. Pero en ese momento una pata cierra sus ojos.

—¿Eh? —Se alarma, aunque recuerda que es Lia quien está a su lado. Su

vista esta obstruida pero aún escucha su entorno, siente la nieve y el frio a través de su piel además del olfato.

Capítulo 11

Anuncio

Gracias por leer "La Leyenda del Norte". Este libro se encuentra publicado por completo en Amazon (bajo el mismo nombre), sería de mucha ayuda que compres el libro para apoyarme.

Ezer entra en una especie de trance en la cual olvida por completo su visión, solo los latidos de su corazón prevalecen y los demás sentidos. Al cabo de un tiempo el ritmo de su respiración se reduce al igual que el de su corazón, permitiéndole enfocarse y comenzar a percibir algo que antes no estaba ahí.

Luces, o tal vez no lo eran, no estaba seguro. Fluían como un viento visible, pero más espeso, casi como agua y se desplazaban por todo su alrededor. Su cuerpo emanaba este extraño flujo, al igual que con los lobos y el alce, aunque en proporciones mucho mayores. Los árboles también, pero estos parecían almacenar el flujo y solo una pequeña parte se escapaba al exterior.

Cada ser vivo emanaba un flujo de distinto color, pintando el espacio negro que dejaron sus ojos al cerrarse. Un espectáculo digno de ser llamado mágico.

Ante la nueva experiencia, Ezer se emociona creando una reacción en cadena, la cual desestabiliza su respiración y concentración. Y de forma tan repentina y magnifica como cuando descubrió el flujo, este se esfumó.

Abre sus ojos y ve al mundo igual que antes, pero con un pensamiento más racional y calmado. La mirada que tenía ahora en sus ojos parecía más profunda… algo había cambiado en él.

Su atención vuelve a centrarse en los lobos y ese extraño alce, ahora que su visión no era bloqueada por Lia. No sabía que era lo que la loba no deseaba que viera, fuera lo que fuera, ya no era ese el caso.

De repente, toda la jauría inclina la cabeza levemente en señal de respeto hacia la imponente bestia. Ezer sigue su ejemplo, sorprendido ante la

muestra de sumisión de los que él consideraba dueños de estos bosques.

Al levantar la vista, Ezer vuelve a sorprenderse inclusive aún más al notar que el alce había desaparecido sin dejar ningún rastro. Como si nada hubiese ocurrido, los lobos siguen su camino y él se apresura a seguir su paso cerrando su boca que, en algún punto, se había abierto del asombro.

—No lo entiendo, no leí nada sobre un tipo de bestia como aquella y tampoco debería estar de este lado de las montañas ¿Mi padre sabe que existe? —Se pregunta Ezer.

La manada sigue avanzando hacia el norte a buena velocidad, pero esta vez se detienen a descansar mucho antes que el día anterior. Nubes grises comenzaron a oscurecer el día, que aún tenía mucho tiempo antes de terminar, y prometían finalizar con los breves y poco comunes buenos tiempos de invierno. Antes de ello, Ezer salió a buscar más leña para su fuego recién encendido acompañado de Lia.

Caminando con varios trozos de madera en sus brazos, Ezer trataba de volver a ver al mundo como lo había hecho durante el encuentro con el alce. Pero no importa cuánto intentase, no podía ver esas estelas de luces que fluían por todo su alrededor.

Vuelve en si cuando siente algo extraño bajo su pie, retrocede varios pasos cuando desentierra parcialmente lo que yacía entre la nieve.

—Es... un cuerpo… —No lo asustaba tanto como pensó que lo haría. Solamente parecía una persona dormida, que no se despertaría nunca.

Siguió desenterrándolo desconociendo el "respeto hacia los muertos". El cuerpo llevaba abrigos, los cuales parecían más trapos endurecidos por la sangre que otra cosa, un arco mediano, carcaj con un par de flechas y además de un libro.

Lo más lógico sería que tomara el arco primero dando gracias por la bendición que Niva le otorgó y comprobar su estado. Pero lo primero que revisa es el libro cuya portada de cuero estaba rajada y descolorida como si hubiese estado al sol por años, claramente, paso por muchas manos antes de llegar a él.

Lo que más llamo su atención fue el título, "Lo que un cazador debe saber". En sus primeras páginas tenía una escritura, claramente ajena al título libro y con una caligrafía casi ilegible, la cual decía.

—Led, este es un libro que necesitaras si quieres ser un buen cazador. Tiene escrito verdades a diferencia de otras basuras inventadas en esas

cosas que llamas libros... Tu padre.

—Led ¿Ese es tu nombre? —Ignorando las últimas palabras vulgares que estaban escritas, Ezer cierra el libro y lo guarda en la bolsa que antes pertenecía al cadáver y ahora era suya.

—Voy a tomar prestadas tus pertenencias... a cambio te daré paz. —Ezer cierra los parpados de Led con mucho esfuerzo, ya que estaban congelados, reza unas cortas palabras y graba "Led" en el árbol más cercano.

—Es todo lo que puedo hacer, no tengo tiempo ni herramientas. —El viento y la oscuridad aumentan al igual que el frio.

Ezer volvió a su refugio y revivió las llamas de la fogata que estaban por extinguirse. Lo único que lo cubría del viento era un enorme tronco de un árbol, pero de todas formas la nieve y el frío se habrían paso congelando los huesos de Ezer.

Se acurruco junto con Lia, quien esta vez le permitió acercarse, mientras veían danzar frenéticamente las llamas del fuego al ritmo del viento. Ezer aprovecho el momento para revisar el equipo consiguió de Led. Un arco mediano, carcaj con una veintena flechas, cuchillo de caza, un par de monedas de bronce y una mochila de cuero con soporte de madera para grandes pesos, dentro de ella había varias herramientas para largos viajes y finalmente el libro.

Comenzó a leerlo con dificultad debido a la poca luz, tal vez ya era de noche, Ezer perdió por completo la noción del tiempo en la tormenta. El libro comenzaba con breves historias de cazadores y de algunas de sus partidas de caza más famosas en las que participaron ganando méritos, gloria, honor, dinero y mujeres... hacia demasiado énfasis en las mujeres.

—Quien escribió esto no era nada más que un aficionado con tiempo libre y demasiado orgullo, siquiera es probable que todo lo que está escrito ocurrió de verdad, es difícil de creer. —Ezer no era un experto en libros, pero al menos sabia reconocer uno bueno de uno malo.

Un poco decepcionado por no tener un buen material de lectura, Ezer continúa hojeando hasta llegar a la mitad del libro y encontrarse con otro tipo de papel y letra. Las hojas también estaban gastadas, pero tenían la calidad suficiente como para mantener su forma y la tinta sobre ella, la caligrafía también era muy diferente a la anterior siendo clara y de trazo suave.

La primera página estaba titulada como "Lo que un cazador debe saber

para comprender la naturaleza". Emocionado, Ezer estaba a punto de leer cuando nota la mirada de Lia.